

PROBLEMAS SALVAJES



Una guía sobre las
decisiones que nos definen

RUSS ROBERTS

Presentador de *EconTalk* y autor de
How Adam Smith Can Change Your Life

Problemas salvajes

*Una guía sobre las decisiones
que nos definen*

RUSS ROBERTS



Wild Problems
Problemas salvajes

Copyright © 2022 Russell Roberts

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma.

Esta edición se publica por un acuerdo con Portfolio, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

© **Editorial Reverté, S. A., 2022**

Loreto 13-15, Local B. 08029 Barcelona - España
revertemanagement.com

Edición en papel

ISBN: 978-84-17963-60-6

Edición en ebook

ISBN: 978-84-291-9716-7 (ePub)

ISBN: 978-84-291-9717-4 (PDF)

Editores: Ariela Rodríguez / Ramón Reverté

Coordinación editorial y maquetación: Patricia Reverté

Traducción: Irene Muñoz Serrulla

Revisión de textos: M.^a del Carmen García Fernández

Digitalización: Reverté-Aguilar

La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley. Asimismo queda prohibida la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, la comunicación pública y la transformación de cualquier parte de esta publicación sin la previa autorización de los titulares de la propiedad intelectual y de la Editorial.

86

Para Sharon

Los sabores, los olores, las sensaciones de calor y frío, la belleza, el placer, todos los afectos y apetitos de la mente, la sabiduría, la locura, la mayor parte de las probabilidades, y muchas otras cosas demasiado aburridas como para enumerarlas, admiten grados, pero aun así no son susceptibles de ser medidas con exactitud, y doy por hecho que nunca podrán serlo. Hasta que nuestros afectos y apetitos no se reduzcan a una cantidad y se puedan asignar números a sus diversos grados, en vano trataremos de medir la virtud y el mérito en referencia a ellos. Esto no es más que un juego de palabras y un alarde de cálculos matemáticos, pero no avanza ni un solo paso en el conocimiento real.

Thomas Reid, *An Essay on Quantity*, 1748

La mayoría de las actividades, relaciones y formas de conocimiento fundamentales que los seres humanos persiguen son las que una persona puede apreciar con plenitud e integrar en su sistema de valores solo cuando las conoce de verdad.

Agnes Callard, *Aspiration*

Lo único que hace posible la vida es la permanente e intolerable incertidumbre de no saber lo que viene después.

Ursula K. Le Guin, *La mano izquierda de la oscuridad*

Los seres humanos no nacen para siempre el día en que sus madres los alumbran, sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez.

Gabriel García Márquez, *El amor en los tiempos de cólera*

La necesidad de certeza es la mayor enfermedad a la que se enfrenta la mente.

Robert Green, *Maestría*

Contenidos

1. Problemas salvajes
2. El dilema de Darwin
3. En la oscuridad
4. Esto es serio
5. El cerdo y el filósofo
6. Florecer importa
7. El problema de Penélope
8. Cómo autotrascender
9. Priorizar tus principios
10. Ser como Bill
11. Vivir como un artista
12. En resumen

Agradecimientos

Recursos y lecturas adicionales

Problemas salvajes*

Hace unos años, un amigo y yo salimos a dar un paseo y me contó que él y su mujer estaban dándole vueltas a la posibilidad de tener un hijo. Habían hecho una lista de ventajas e inconvenientes, y aun así seguían sin estar seguros de que fuera buena idea. Así que me pidió consejo.

Le dije que no se tiene un hijo porque sea algo que «compensa». Y no tenía mucho más que decirle. No se me ocurrió preguntarle si para él y su mujer estaba claro lo que de verdad supone ser padres. Antes de tener hijos, todos los contras que te puedas imaginar (menos tiempo para el trabajo y el ocio, opciones limitadas de vacaciones, gastos en pañales, ropa, comida, educación...) están por encima de cualquier pro.

Viéndolo así, tener hijos puede parecer una decisión irracional. Sin embargo, muchos padres (entre los que me incluyo) te dirán que sus hijos son fundamentales en su vida y para su autoimagen. Dirán, incluso, que es algo que ha dado sentido a su vida. ¿Cómo se puede entender esta aparente contradicción?

La decisión de tener o no un hijo es lo que yo llamo un problema salvaje: una bifurcación en la senda de la vida ante la que no está claro qué camino conviene seguir; en la que el placer y el dolor que implican la elección de un camino u otro se nos ocultan por completo; en la que la decisión define quiénes somos y quiénes podríamos llegar a ser. Este tipo de problemas imposibles son aquellos que nos

obligan a tomar las grandes decisiones con las que todo el mundo ha de lidiar a lo largo de su existencia.

Muchos de estos problemas pueden hacernos sentir mariposas en el estómago o hacer que se encoja nuestro corazón. Resulta imposible saber qué camino es el mejor hasta que llegamos a esa tierra lejana llamada «futuro», un lugar que solo conocemos del todo cuando llegamos a él. Esto suele inquietarnos; y faltos de coraje aplazamos la decisión.

Pero entonces, ¿cómo hay que proceder, en especial si pretendemos tomar una decisión razonable? Una estrategia obvia es apoyarse en experiencias previas, en retos a los que nos hemos enfrentado y ya sabemos cómo resolver. Para resolver los problemas de movilidad en la ciudad o desarrollar una vacuna contra el coronavirus, por ejemplo, nos basamos en datos, algoritmos que pueden ser comprobados y experimentos replicables. Es decir, para ciertos problemas (yo los llamo «cotidianos»), la aplicación de la ciencia, la ingeniería y el pensamiento racional conduce a un progreso constante.

Pero las grandes decisiones a las que nos enfrentamos en la vida —los problemas salvajes o irresolubles: si nos casamos y con quién, si tenemos hijos, qué estudiar, cuánto tiempo dedicar a los amigos y cuánto a la familia, cómo resolver los dilemas éticos del día a día, etc.— no podemos tomarlas a partir de datos, ni tomando como referencia la ciencia o los enfoques racionales habituales.

Yo me formé como economista en la Universidad de Chicago. Allí nos enseñaron que la economía es la guía para tomar decisiones racionales en la vida; nos enseñaron la relevancia de las compensaciones (*trade-offs*) y lo que se denomina «coste de oportunidad», es decir, a qué renunciamos cuando elegimos una cosa y no otra. Nos

enseñaron que todo tiene un precio, es decir, que siempre hay que renunciar a algo para conseguir otra cosa. Que nada tiene un valor infinito. No obstante, cuando se trata de las grandes decisiones de la vida, creo que esos principios pueden llevarnos por el mal camino.

En la fachada del edificio que alberga el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, donde estudié mi posgrado, había una inscripción con la siguiente cita de lord Kelvin: «Cuando no puedes medir, tu conocimiento es escaso e insatisfactorio». Podríamos decir que la sociedad actual se ha tomado muy en serio a lord Kelvin. Primero las ciencias y, cada vez más las ciencias sociales (e incluso las humanidades) han asumido que medir (recabar datos), mejorar el proceso de medición y emplear esos datos para ser más fuertes, más productivos y más saludables, es la mejor vía hacia una vida mejor.

Pero los problemas irresolubles se resisten a ser medidos. Lo que funciona para ti puede no funcionar para mí, y lo que me funcionó ayer tal vez no me sirva mañana. Estos problemas son «indómitos», no están domesticados, son espontáneos, orgánicos y complejos. Resultan por completo diferentes a los problemas cotidianos, en los que los métodos racionales nos permiten avanzar con seguridad.

Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, la autoridad y la tradición (los regímenes que nos gobernaban, nuestros padres, la religión y la cultura en las que vivimos) han «domesticado» esos problemas salvajes que nos tocaba afrontar. Pero ahora muchos de esos regímenes han caído, el control de la religión ha mermado. ¿Y qué pasa con la tradición? Nos desprendemos de ella y nos imaginamos como páginas en blanco en las que podemos dibujarnos a nosotros mismos tal y como nos gustaría ser, libres de toda atadura.

Problemas cotidianos	Problemas salvajes
Los objetivos son claros y se pueden evaluar con objetividad.	Los objetivos son difíciles de medir y subjetivos.
Cómo llegar de Chicago a Nueva York.	¿Vamos a Chicago?
Las técnicas para alcanzar el éxito pueden ser probadas y verificadas. Las recetas funcionan.	No existe un manual, una hoja de ruta, una receta o un algoritmo para el éxito.
Hacer una tortilla.	Escribir <i>Hamlet</i> .
Las afirmaciones pueden ser contrastadas; los resultados pueden ser refutados.	Los caminos hacia el éxito no se replican.
Ciencia.	Artesanía.
Aterrizaje en la Luna.	Crianza de los hijos.
Aumentar la duración de la batería de un teléfono móvil.	Elegir una carrera.
El problema de la secretaria (ver capítulo 7)	Decidir con quién casarse.
Jaque mate en tres movimientos.	La vida.

Así, lo que antes dependía solo «del destino» ahora implica tomar una decisión. Y eso es maravilloso, pero también supone un desafío que muchas veces es inquietante. Poder elegir ofrece la posibilidad de una vida mejor. Pero ¿cómo transitar por ese paraje de libertad cuando no hay una receta, un algoritmo o una aplicación que nos diga qué hacer?

Una de las posibles respuestas al reto que nos plantean los problemas imposibles consiste en intentar medir lo que se pueda, y hacer todo lo posible por cuantificar lo que no es medible. Eso parece mejor que nada, y el simple proceso de reunir más información resulta tranquilizador. Así te

autoconvences de estar avanzando hacia la respuesta correcta, de que das pasos en la buena dirección.

Pero en realidad a lo mejor estás yendo en la dirección equivocada. Si no tienes cuidado, serás como ese individuo que busca sus llaves perdidas bajo una farola. «¿Las has perdido aquí?», le pregunta un transeúnte que se ofrece a ayudar. «No —dice el que las está buscando—, pero aquí hay más luz». Usar una linterna para que la zona iluminada de la calle sea aún más luminosa puede parecer una respuesta racional, pero si las llaves están lejos de la luz, en la profundidad de las sombras, te estarás autoengañando al pensar que te hallas más cerca de encontrarlas. Si sólo te centras en lo que conoces y en lo que puedes imaginar, estás ignorando todo el abanico de alternativas que tienes a tu alcance.

Cuando hice un comentario en este sentido en Twitter, uno de mis seguidores planteó bien el reto con la siguiente pregunta: «Si las cosas importantes son difíciles de medir y las cosas medibles son engañosas, ¿qué tipo de modelo de decisión queda?».

Este libro es mi respuesta a esa pregunta. Y es lo que le habría dicho a mi amigo, el que luchaba contra su problema salvaje sobre la paternidad, si el paseo que dimos aquel día hubiera sido mucho más largo.

No voy a decirte si debes casarte, tener un hijo o estudiar Derecho. Lo que haré aquí es ayudarte a pensar cómo afrontar este tipo de problemas sin olvidar lo que está en juego. Basándome en las teorías de filósofos y economistas, de un entrenador de fútbol, algunos poetas, tal vez el más importante científico de todos los tiempos y una limpiadora del Parque Nacional de Grand Teton, te ofreceré una perspectiva para afrontar la incertidumbre, inherente a nuestra condición de seres humanos.

Así, te mostraré que, en vez de dedicar más tiempo a tratar de tomar la decisión correcta, lo mejor es que asumas que muchas veces esa decisión correcta (tal y como entendemos el término) no existe. También te daré consejos sobre *cómo* transitar por la vida; *hacia dónde* ir ya depende de ti. El resultado será un conjunto de directrices no solo para tomar decisiones, sino también para construir una vida bien vivida. Y así, en el camino, tal vez sientas menos mariposas en el estómago y un poco más de serenidad.

Empecemos por ver cómo uno de los mayores científicos de todos los tiempos se enfrentó a su propio problema salvaje.

El dilema de Darwin

En 1838, Charles Darwin se enfrentó a un problema salvaje. A punto de cumplir treinta años, intentaba decidir si casarse o no, teniendo en cuenta la posibilidad de que los hijos fueran en el lote. Darwin hizo una lista de ventajas y desventajas respecto a tal decisión. De hecho, disponemos de esa lista de su puño y letra, extraída de su diario.

En la parte superior de dos páginas escribió: «Esta es la cuestión», en referencia, tal vez, a la trascendental pregunta de Hamlet y que Camus consideraba la fundamental de la filosofía: «Ser o no ser». Para Darwin, la cuestión era casarse o no casarse.

Casarme	No casarme
Niños (si Dios quiere).	Sin hijos (sin segunda vida), sin nadie que cuide de mí en la vejez.
Compañera incondicional (y amiga en la vejez) que se sentirá interesada por mí.	De qué sirve trabajar sin la simpatía de los amigos cercanos y queridos, que se preocupan por mí, que serán viejos amigos en la vejez. Más allá de los familiares.
Objeto para ser amado y jugar, mejor que un perro en cualquier caso.	Libertad para ir a donde quiera. Elegir la compañía y la cantidad. Conversaciones con hombres inteligentes en los clubes.
Hogar, y alguien que cuide de la casa.	Sin obligación de visitar a familiares y de ceder en cada detalle.
Los encantos de la música y de la charla femenina. Esto es bueno para la salud.	Los gastos y la ansiedad que suponen los niños; quizá cuarentenas, pérdida de tiempo, gordura y ociosidad, ansiedad y responsabilidades, menos dinero para libros, etc. Si tuviera muchos niños, estaría obligado a ganar el pan para cada uno.
Obligado a visitar y recibir visitas de parientes. Terrible pérdida de tiempo.	(Pero... es malo para la salud trabajar demasiado).
	Tal vez a mi esposa no le guste Londres; la sentencia sería el destierro y la deriva hacia ser algo así como un tonto indolente y ocioso.

Como vemos, en la columna de la izquierda trató de imaginar cómo sería estar casado. En la de la derecha, cómo sería no estarlo.

Darwin trataba de calcular las ventajas y desventajas de la vida matrimonial y cómo las experimentaría en el futuro. Mi amigo y su mujer, que sopesaban si tener o no un hijo, habían hecho lo mismo. Todo esto parece la esencia de la racionalidad: entre dos alternativas, escoger la que tenga mayor expectativa de éxito y de bienestar. Obviamente, no se puede saber cómo resultarán las cosas. Y sin duda, el resultado final dependerá, en gran medida, de la persona con la que te acabes casando... Pero se trata de hacerlo lo mejor posible con la información disponible.

Elaborar una lista de ventajas y desventajas parece buena idea para afrontar cualquier problema, sea imposible o cotidiano. De hecho, Darwin no inventó esta técnica; puede que sea tan antigua como Eva en el jardín del Edén ante el dilema sin solución de comerse o no la manzana. (Desventajas: molestaré al jardinero, la ignorancia es una bendición, adquirir conocimientos puede tener inconvenientes imprevistos. Ventajas: la serpiente parece alguien agradable, la fruta prohibida es la más dulce...). Pero, como vemos, la lista de pros y contras que Darwin redactó tiene pinta de llevarlo por el mal camino. Echémosle un vistazo.

En primer lugar, la referencia a la «terrible pérdida de tiempo» sugiere que sentía una gran preocupación por si el matrimonio podía mermar su producción científica. En su autobiografía, Darwin habla del método baconiano, tomado de los trabajos previos de Francis Bacon. Este, aunque no sea muy leído en la actualidad, fue canciller del rey Jacobo I y tal vez el hombre más brillante de su época; todavía era muy conocido en la Inglaterra de Darwin, más de dos siglos después. Me pregunto si Darwin tenía en mente el ensayo de Bacon titulado «Del matrimonio y la vida de soltero», en

el que sostenía que solo los solteros son capaces de alcanzar la excelencia.

El que tiene esposa e hijos ha entregado rehenes a la fortuna; pues son impedimentos para las grandes empresas, tanto virtuosas como malignas. Ciertamente es que las mejores obras y los mayores méritos para el público han procedido de los hombres solteros o sin hijos, los cuales, tanto en afecto como en medios de acción, se han casado con el público.

«Rehenes de la fortuna». Bacon, sin lugar a dudas, tenía algo de razón. Una vez que alguien se casa y tiene hijos, pierde gran parte del control sobre su destino; se convierte en rehén de los acontecimientos aleatorios e inevitables (lo que Bacon entendía como «fortuna») que afectan a sus seres queridos. Y, por supuesto, también están los que, aún sin formar parte de tu familia, tienen sus expectativas sobre cómo debes emplear tu tiempo y tu dinero. Para empezar, es posible que abandones la ciudad que amas para vivir una existencia más «rural».

Bacon, por cierto, quizá no sea la autoridad más fiable en lo que respecta a la vida matrimonial: no se casó hasta los cuarenta y cinco años, y lo hizo con Alice Barnham, de tan solo catorce. Cuando se fijó en ella dijo que era «una bonita joven que me gusta»; ella tenía entonces once años. Nunca tuvieron hijos. Unos meses antes de su muerte, Bacon excluyó a Alice de su testamento por «grandes y justas causas». Once días después del fallecimiento de Bacon, Alice se casó con el administrador de su finca. No hay que ser Sherlock Holmes para conectar esos puntos: quizá la experiencia personal de Bacon influyó en su percepción del matrimonio.

Sin embargo, a Darwin le preocupaba que la vida de casado —y, en especial, la de casado con hijos— pudiera ser un lastre para su producción científica. Entendía, con

razón, que ello limitaría su autonomía. Por lo que escribió en su lista, no estaba muy interesado en tener hijos, excepto como una forma de asegurar su jubilación y a modo de «daños colaterales» del matrimonio, ya que los describió en su diario como una fuente de «gastos y ansiedad».

Décadas antes del dilema matrimonial de Darwin, Benjamin Franklin —del que solemos olvidar que era un excelente científico— propuso una técnica para hacer más práctica una lista como la de Darwin.

En 1772, Joseph Priestley (considerado el descubridor del oxígeno) estaba considerando un cambio de rumbo en su carrera que le permitiera gozar de un nivel de vida mucho más alto. Eso implicaba tener un rico mecenas cuyas amistades y entorno serían del todo ajenos a él y a su esposa. Aquello podía salir muy mal. De modo que pidió consejo a su amigo Benjamin Franklin. Este le escribió diciéndole que, si bien no era capaz de asegurarle cuál era la opción correcta, sí podía ofrecerle un método para tomar la decisión, una manera de hacer que su problema, en apariencia irresoluble, fuera un poco menos complicado.

Franklin le pidió que tomara papel y lápiz y trazase una línea sobre la hoja en blanco, dividiéndola en dos columnas: una columna para los pros y otra para los contras. La virtud de esta técnica, escribió Franklin, es que cuando nos enfrentamos a un problema irresoluble nuestra mente suele concentrarse primero en un conjunto de elementos y luego en otro. Pero si dedicamos unos días a tratar de hacer una lista de las ventajas y las desventajas, podremos estudiarlas todas al mismo tiempo.

Hasta este punto no es muy distinto de lo que hizo Darwin. Pero Franklin daba un paso más: animó a Priestley a observar pros y contras, y a «esforzarse por estimar sus